



Hace 27 años que no me confieso

En la Plaza hay calor, bullicio y gritos de chiquillería. De la Iglesia Magistral, hoy la catedral sale música gregoriana de disco y un chorro de aire fresco. Yo estoy allí dentro en mi "kiosko-confesionano" Leo y me distraigo, observo a los que entran en el templo y escucho a los que quieren.

La mayoría van de turistas o curiosos: miran aquí y allá, dan una vuelta y salen. Otros rezan, piensan, escuchan... Desde hace unos minutos me detengo en un hombre que ha entrado, unos cuarenta y tantos años, camisa blanca de manga corta y corbata. Lleva un maletín o portafolios, da una vuelta al templo mirando todo y sin fijarse en nada. Llega cerca de mí, lo miro con disimulo, pero se nos cruzan las miradas. Intento decirle "bienvenido" con una leve sonrisa, él sigue paseando y gira otra vez el ábside: Se sienta en un banco cualquiera en medio de la nave, respira profundamente y luego pasa un rato en silencio. Se arrodilla, me mira, mete la cabeza entre sus manos. Silencio. Sigue la música. Me mira, nos miramos. Pasa otro rato. Se levanta, viene hacia mí. Se me arrodilla delante y comienza:

- Ave María Purísima.
- Sin Pecado concebida.
- Padre, hace 27 años que no me confieso y...
- Un momento... 27 años, ¿por qué vienes hoy?
- Pues simplemente porque le miré a usted y su cara me dio confianza.
- Nunca sabré
- Y, ¿lo de entrar hoy en la Iglesia?
- Verá: yo paso cada día por delante de la puerta dos veces, por la mañana y por la tarde. Alguna vez pensaba entrar, pero siempre lo iba dejando para otro día, la prisa, las ganas de llegar a casa, etc. Hoy al pasar oí la música, me acerqué a la puerta, salía un chorro de aire fresco y olor a limpie... ¡y fuera hace tanto calor...!

Se confesó. Charlamos. Nos contamos parte de nuestras vidas. Nos reímos y lloramos juntos.

- Como yo estoy sentado y tú estás de rodillas, vamos a otro lugar donde estemos los dos en igualdad de condiciones y seguimos charlando.
- No, por favor, prefiero seguir aquí. Estoy bien, hacía tiempo que no estaba tan bien. El domingo durante la misa de una estoy de nuevo en el "kiosko". Los "clientes" pasando uno tras otro, hoy no hay tiempo para la distracción.

De pronto se me arrodilla delante otra vez:

- Ave María Purísima.
- Sin Pecado concebida.
- Padre, hace dos días...

Nos saludamos como amigos de varios años.

- Han venido mi mujer y mis hijos, trátelos bien. Venían todos los domingos a misa de una, me saludaban con un gesto, una mirada o una sonrisa. Y todo empezó una tarde calurosa con una música que sale fresca por la puerta de la iglesia a la plaza. ¡Y con una mirada de confianza!

Antonio Serrano

